

A photograph of a person lying in bed, covered with a white sheet. Sunlight streams through a window with blinds on the left, creating a soft, hazy atmosphere. The person's face is partially visible, resting on a pillow.

Alberto de la Rocha

Recordaré abril

Ganador del I Certamen Biblioteca
Fundación Antonio Gala

Índice

Portada

Portadilla

I Certamen Literario Biblioteca Fundación Antonio Gala

Dedicatoria

Cita

El casco

Ella me ha pedido que...

El olor del mar se cuele...

¿Por qué tuve que elegir...

Los vídeos

La luz de Benisalvià...

La luz mermada que...

La vejez ha caído sobre...

Viejas especias

Cuando el coche gira...

Tengo la sensación de...

Si mantengo los ojos cerrados...

Marta y Jaime

Cada nota que pellizco...

Cuando tengo la certeza...

Con el impudor que tanto...

Después de cada una...

Las pisadas de Marta...

El sol ha traspuesto...

Memoria interna. Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

RECORDARÉ ABRIL

Alberto de la Rocha

I Certamen Biblioteca Fundación Antonio Gala



Esta obra ha resultado ganadora del I Certamen Literario Biblioteca Fundación Antonio Gala

A mi familia, por aquellos veranos

Me pregunté si un recuerdo es algo que se tiene o algo que se ha perdido.

W. ALLEN

El casco

Ella me ha pedido que no subiera la persiana y no se ha dado cuenta de que era a mí a quien más protegía. Esta oscuridad, incongruente en la luminosa tarde de abril, ampara no tanto su desnudez avergonzada como la integridad de mi memoria después de estos veinte años. Veinte años, cielo santo. Porque si consigo no ver su cuerpo, tumbado sobre la cama en una postura que apenas distingo, todavía puedo salir indemne de aquí, todavía puedo escaparme sin que el paisaje tan querido de aquellos veranos quede arrasado por completo.

Al cerrar los ojos —y en esta escuálida penumbra ni siquiera es preciso hacerlo— aún es su cuerpo adolescente el que mi memoria guarda de aquella época, su cuerpo pálido y cegador en el mediodía tórrido de la playa. El otro, el que oigo respirar despierto a unos metros de mí, no ha dejado su rastro aún, por lo tanto no tendré que empeñarme más tarde en borrarlo.

Sí, todavía puedo escaparme y continuar con mi vida como si hace dos horas, en la calle, hubiera acelerado la moto y me hubiera incorporado al tráfico de Serrano sin mirar atrás, en lugar de —como he hecho en realidad— detener el motor y quitarme el casco mientras me acercaba al escaparate que ella estaba contemplando. «¿Cecilia? Perdona, eres Cecilia, ¿verdad?» Ella se ha girado y ha fabricado una sonrisa para disimular que no me reconocía.

Solo tengo, pues, que recoger a tientas mi ropa del suelo, lanzar hacia la cama una frase de despedida y franquear la puerta de su casa con la esperanza de que el azar me conceda al menos otros veinte años para decidir si quiero

que la realidad establezca su ley en el ámbito de mis recuerdos.

Y sin embargo, impetuoso y ya arrepentido, me acerco a la ventana del dormitorio y con un tirón subo la persiana hasta arriba. La luz desborda los diques del marco y ahora sí tengo que cerrar los ojos. En la oscuridad herida por el deslumbramiento vuelve a aparecer su cuerpo adolescente, adelgazado por la lejanía, ondulándose en la refracción sahariana de la playa. A un lado están las telas de colores de las sombrillas y al otro el mar. Ella camina hacia mí sobre la arena suavizada por las olas, pero se encuentra demasiado lejos —en la playa y en el tiempo, veinte años— para pensar que la voz que ahora alcanza mis oídos, «no, Pablo, no subas...», provenga de aquel cuerpo esquemático que tantea el agua con la punta de un pie. Doy la espalda a la ventana y parpadeo ante la habitación resplandeciente.

La débil protesta de Cecilia ha desfallecido ante mi acto irrevocable y quizá también ante una disminución de su pudor, ahora que ya nos hemos acostado y la luz supone un desvelamiento menor que la intimidad del sexo. Se limita a volverse hacia la pared, como si prefiriera no ver que la miro, y yo concentro los ojos en el rectángulo de la cama.

Mi memoria se vierte como una lengua de mercurio sobre este cuerpo, escurriéndose por las caderas y la espalda y estableciendo en el espacio sus límites precisos. Se vierte sobre este cuerpo, mi memoria, como la luz de la ventana hace unos instantes y como el sol de la playa de entonces, estilizándolo entre el mar y las sombrillas. Se vierte mi memoria sobre este cuerpo como lo hacía mi mirada debajo de una de aquellas sombrillas, siguiendo en la atmósfera vibrante la evolución de su silueta en bikini. Y descubro que reconozco la finura del tobillo, el agudo hueso apuntando bajo la piel; reconozco la curvatura ahusada de las pantorrillas y los muslos, la estrechez abrupta de la cintura; reconozco las omoplatos marcados por el ejercicio y las protuberancias de la nuca, que la melena castaño claro oculta

con mechones gruesos, apelmazados por la humedad y el salitre. Sorprendentemente, no hay discrepancia entre la imagen que mi memoria vuelca sobre esta cama y el cuerpo que yace en ella. Y sucedía lo mismo en su rostro hace un rato, cuando hablábamos y nos mirábamos y luego, de cerca, nos besábamos. Me pregunto entonces asombrado: ¿es que no ha pasado el tiempo?, ¿es que este cuerpo es el mismo?

En un último intento por rebatir la pasmosa semejanza se me ocurre reclamar de nuevo su voz. Hemos hablado bastante en la cafetería y en su casa, pero el estupor por el reencuentro quizá no me ha permitido una percepción cuidadosa. Le pregunto a su cuerpo de espaldas: «¿Dónde está el cuarto de baño?». Y ella me contesta: «A la derecha, pasando la cocina. A lo mejor está un poco... No esperaba visita». Pero también reconozco la inflexión jovial de su voz, el límpido acento valenciano, el timbre animoso y cálido que contradice la vergüenza por su desnudez. Así que todo en ella está igual. Me alejo de la ventana y salgo de la habitación.

A la izquierda del pasillo, junto a la puerta de entrada, está mi casco tirado en el suelo. Cecilia lo ha apoyado con la parte abierta hacia arriba y se ha caído con estrépito después, cuando nos besábamos. Voy hasta allí y lo devuelvo a la mesa adosada a la pared, poniéndolo boca abajo para que no se balancee otra vez y se caiga. Mi cazadora en cambio permanece en el perchero, acribillada por cadáveres de insectos. Paso por delante del dormitorio, donde el cuerpo de Cecilia continúa sometido al escrutinio de la luz, y me detengo en la puerta de la cocina.

Las bolsas del supermercado están sobre la encimera. Tan solo ha guardado en el frigorífico los productos congelados. Cuatro yogures, que quizá se estén estropeando, asoman por un lateral rasgado del plástico. Pero no cruzo el umbral y sigo hacia el baño. Noto en mi piel desnuda el

aire tibio, que se desplaza a mi paso y se enrosca en mis brazos y en mis piernas.

Pulso el interruptor y las luces halógenas se encienden lentamente, como si salieran de un fundido en negro. No puedo sustraerme a la imagen de mi propio rostro en el espejo, iluminado con efectismo desde arriba. Piso descalzo las baldosas frías y pego el pubis al borde del lavabo. Entrecierro los párpados mientras tuerzo la barbilla a un lado y a otro. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Tampoco he cambiado en estos años?

Puedo jugar con la idea de que el único cambio es la barba. Al menos esa ha sido la excusa que ella ha puesto hace dos horas para no reconocermé.

A pesar de los veinte años transcurridos y de su holgado vestido verde, no he tardado ni un instante en saber que se trataba de ella, de Cecilia, emergiendo de la memoria de mi adolescencia para plantarse en esa acera de Serrano, improbable y cierta. Si ella hubiera pasado de largo con sus bolsas de plástico, yo no habría acertado a moverme, la habría observado alejarse con el alivio cobarde de no haberla molestado; acaso tenía cosas importantes que hacer, una cita, un compromiso, recoger a un hijo del colegio. Además, ¿qué rango ocupó en su recuerdo de aquellos veranos? Mucho menor, no me cabe duda, que el que ella ocupa para mí.

Sin embargo, restándole ocasión a mi cobardía, se ha detenido ante una tienda de ropa y ha dejado las bolsas en el suelo. Solo en ese momento he parado el motor. Me he quitado el casco y he recorrido la acera hacia ella.

—¿Cecilia? —he dicho, notando en la boca la extrañeza de ese nombre que llevo años sin pronunciar—. Perdona, eres Cecilia, ¿verdad?

Ella se ha dado la vuelta y sus ojos han emprendido un viaje por la periferia de mi fisonomía: primero mi barba enmascarando la línea del mentón, luego la cazadora de mo-

torista ensanchando mis hombros y, al final, el casco colgando junto a mi costado. Su sonrisa cortés ha puesto de manifiesto que no conoce a nadie con barba, o que monte en moto, o que tenga barba y moto a la vez.

—Sí, soy yo, pero... —ha contestado, su frente nublando la sonrisa.

—Perdona, ha pasado mucho tiempo. Nos veíamos en Benisalvià durante los veranos. Coincidíamos en la playa. Quizá no...

Una corriente súbita ha transformado su sonrisa cada vez más apurada en una radiante expresión de sorpresa, que se ha elevado hasta sus ojos y los ha iluminado.

—Sí, sí —ha asentido con énfasis. Y entonces ha dicho —: Pablo, ¿verdad?

—Eso es, Pablo —he repetido mi nombre.

—Perdona, pero con la barba...

Nos hemos quedado en silencio, ella con una mano en su cintura y yo sin librar a las mías de los guantes, como si aún pensara en marcharme o fuese a estrangularla meticulosamente. No sé cuánto tiempo hemos permanecido así, ¿veinte?, ¿treinta segundos? Una hora después, al besarla en su casa, me he dado cuenta de que no nos habíamos saludado con dos besos, tan impactados estábamos por el encuentro.

El tiempo ha vuelto a discurrir cuando me he quitado por fin los guantes, cambiándome el casco de una mano a otra.

—Vives en Madrid, ya no estás en Castellón —he afirmado, señalando las bolsas en la acera, prueba de que no estaba en la ciudad haciendo turismo.

—Ah, sí. Hace años que vivo en Madrid. Me vine después de acabar la carrera. ¿Y tú? Sigues en Madrid, supongo, pero... ¿vives cerca?

—Por Atocha, ahora por Atocha. He venido a hacer una gestión.

—Ya. Pues yo vivo aquí al lado, en Ayala. Me has pillado haciendo la compra —ha explicado, y también ella ha señalado las bolsas.

Creo que ha sido en ese punto, al decaer de nuevo la conversación, cuando me ha asaltado por primera vez el miedo a que el contacto con Cecilia, ahora, en el presente, trastocara el registro que poseo de ella en mi memoria, elemento esencial del recuerdo más amplio de aquellos dulces y eternos veranos en Benisalvià. ¿Qué podía obtener de charlar un rato con ella, de llenar con palabras el vacío de estos veinte años? Nada tan valioso. De modo que habría sido mejor volver a ponerme los guantes —como un estrangulador dubitativo— y marcharme de allí con mi moto, acelerando por la calle Serrano con amargo pragmatismo.

Al menos no he sido yo quien ha hecho la propuesta:

—Oye, ¿tienes tiempo? ¿Estás trabajando? ¿Por qué no nos tomamos un café?

No obstante, mi culpabilidad en todo lo que ha venido después es innegable, ya que he contestado:

—Por supuesto.

—Muy bien. —Se ha alegrado—. Dios mío, cuánto tiempo.

—Es cierto.

—Vamos hacia allá. Hay una cafetería que no está mal.

Entorpecido por el casco, por los guantes, por la emoción de ver a Cecilia, he reaccionado con lentitud y no he podido coger ninguna de sus bolsas.

—Déjame que te ayude —he protestado.

—No importa, es aquí a la vuelta. —Ha apuntado con la barbilla hacia delante y nos hemos alejado de la tienda de ropa y de mi moto.

La determinación con la que Cecilia avanzaba por la acera, con prisa por llegar a la cafetería o por soltar las bolsas, me ha permitido retrasar ligeramente mis pasos y observarla desde atrás sin que ella lo advirtiera. Su vestido, estampado en verde, holgado, veraniego, entraba en con-